

EL CENTRALISMO DE NUESTRO SEÑOR EN LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA DEL PADRE JULIO MEINVIELLE

*R.P. Tomás Agustín Ravaioli, IVE**

*«Elaboró una teología de la historia y de la cultura
sobre el eje doctrinal del Reinado Social de Cristo.*

*Esta preocupación central le permitió ver desde un principio
que quien no contribuye a edificar la Ciudad de Dios o Cristiandad,
fatalmente trabaja para su demolición».*

Carlos Sacheri¹

Porque Julio Meinvielle fue ante todo sacerdote es que «supo y quiso ser todo: apologista, historiador, filósofo, teólogo y economista»². Por eso, quien se haya acercado a su obra, habrá quedado cautivado no sólo de su seriedad y altura a la hora de tratar los más diversos temas, sino también de su espíritu de fe y sencillez. Todo lo que Meinvielle escribe durante casi 40 años, lo escribe porque es, ante todo, sacerdote. Y ese amor a Dios y a las almas es lo que lo impulsó a dedicar su vida entera a iluminar las inteligencias de los católicos argentinos. Y así, aún cuando escribe sobre los problemas más delicados (recordemos que ha escrito sobre política, economía, progresismo, judaísmo, cábala, masonería, comunismo, nazismo, franquismo, Rahner, Teilhard de Chardin, Maritain y un largo etcétera) lo hace siempre como sacerdote: con la mi-

*El P. Tomás Agustín Ravaioli fue ordenado sacerdote en 2006 y pertenece al Instituto del Verbo Encarnado. Ha realizado estudios de especialización en teología en el Centro de Altos Estudios San Bruno Vescovo di Segni (Segni, Roma, Italia), fue colaborador en el Proyecto Cultural Cornelio Fabro, y actualmente se desempeña como profesor de teología dogmática y moral en el Seminario Diocesano Saint Charles Borromeo, en Papúa Nueva Guinea.

¹ C. SACHERI, «Palabras pronunciadas en la inhumación de los restos del Padre Julio Meinvielle el 4 de agosto de 1973» (publicado en «Ateneísta», número especial en homenaje al Padre Meinvielle); y en C. BUELA, *Padre Julio Meinvielle*, San Rafael 1993.

² A. CAPONNETTO, Conferencia «El buen combate del Padre Meinvielle».

rada puesta en Nuestro Señor Jesucristo, y recordando que, a pesar de los cambios de este mundo que pasa, Él es el único que permanece para siempre, y en quien encuentran su sentido y fin todas las cosas. Meinvielle no se detiene a analizar los hechos o personajes como si fueran episodios aislados que suceden en un determinado momento, sino que siempre busca comprender cuál es el designio de la Providencia dentro del acontecimiento sobre el cual está escribiendo.

Al leer las obras de Meinvielle uno percibe que todos los problemas, entonces, giran alrededor de dos ejes: la historia y Cristo. Todo gira alrededor de la historia, ese «inmenso entrecruzarse de pensamientos, palabras, acciones y realizaciones de los hombres»³ en el cual nosotros nos movemos. Y todo gira alrededor de Cristo, que es el Alfa y el Omega, el Primero y el Último, y de cuya consideración no puede prescindir un historiador honesto. Cristo y la historia, entonces, son los dos ejes sobre los cuales todo gira en la obra de Meinvielle, y han sido también las dos pasiones a las cuales les ha dedicado decenas de libros.

En este breve artículo buscaremos mostrar cuál es el concepto de «historia» con el cual trabaja el Padre Julio Meinvielle, y cuál considera que sea el fin de la misma. Es fundamental tener una recta concepción de esta enseñanza suya, ya que solamente teniendo una recta concepción de la historia, podremos tener una recta concepción de la política, de la economía, de la cultura, del judío y de todos los problemas sobre los cuales escribió el Padre Julio Meinvielle durante toda su vida.

Para lograrlo, haremos referencia principalmente a sus obras «Los tres pueblos bíblicos», «El judío en el misterio de la historia», «¿Qué saldrá de la España que sangra?», «Hacia la cristiandad», «Iglesia y mundo moderno», y su comentario al documento conciliar «Sobre la libertad religiosa». Y dividiremos el artículo en tres puntos:

1) «La historia según Meinvielle»: en el cual mostraremos que en el pensamiento de Julio Meinvielle, la historia tiene un sentido a los ojos de

³ J. MEINVIELLE, *El comunismo en la revolución anticristiana*, 4^o edición, Cruz y Fierro editores, Buenos Aires 1982, Ed. digital.

Dios, y sólo puede ser comprendida teniendo en cuenta los personajes que en ella se mueven: Dios, el hombre y el diablo.

2) «Cristo, centro de la historia»: donde expondremos la centralidad de Nuestro Señor en todo el proceso histórico, ya que todo fue hecho «por Él y para Él» (Col 1,16), y haremos también una breve referencia a la causa última de este principado, que es la unión hipostática.

3) «El reinado de Cristo»: en el cual solamente nos limitaremos a recordar la doctrina del Padre Julio y de la Iglesia respecto a la reyecía de Nuestro Señor Jesucristo.

Como aclaración previa a la lectura del artículo, me excuso de antemano por la falta de cientificidad en la citación de las notas, pues me encuentro escribiendo este artículo en Papúa Nueva Guinea, y el material que tengo a disposición es únicamente digital.

1. LA HISTORIA SEGÚN MEINVIELLE

1.1. Inicio de la historia y rol del hombre en la misma

Para buscar los inicios de la historia y descubrir cuál es el rol del hombre en la misma, según Meinvielle es necesario remontarse al momento mismo de la creación, ya que es allí donde inicia todo el proceso histórico. Y en este primer momento es Dios quien toma la iniciativa: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gn 1,1), leemos en el libro del Génesis. Versículos más adelante, el autor sagrado continúa hablando acerca de la producción y la distinción de las demás creaturas, para terminar diciendo de todas ellas que «vio Dios ser bueno cuanto había hecho» (Gn 1,31).

Y el mismo Génesis nos enseña que ha sido el hombre, quien al inicio de la historia, ha introducido el pecado en el mundo, y con el pecado, la muerte y el desorden. San Pablo se lo recuerda a los romanos con estas palabras: «Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Rom 5,12).

Sin embargo, sabemos que en este importante momento de la historia, cuando el hombre libremente ha decidido separarse de su Creador y

desobedecer sus mandatos, Dios no se desentiende del mundo ni permanece ocioso, sino que continúa actuando en la humanidad para seguir dispensando lo bueno que había hecho al comienzo. Por eso, Dios se muestra siempre admirable en dar orientación y sentido a las acciones desordenadas de los hombres. Y estas intervenciones divinas se hacen cada vez más urgentes e indispensables a medida que el hombre desordena con su actuación el plan que Dios ha impuesto a las cosas. De aquí que el Apóstol no salga de su admiración precisamente al contemplar la sabiduría divina que ha trazado al proceso histórico inescrutable, diciendo: «¡Oh abismo de la riqueza, de la ciencia y de la sabiduría de Dios!» –exclama en Rm 11,33– «¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!».

Para Meinvielle, entonces, la historia es un tejido sumamente complejo de diversas acciones, que cumplen distintos protagonistas por motivos muy diferentes. Se trata de «un inmenso entrecruzarse de pensamientos, palabras, acciones y realizaciones de los hombres. Un entrecruzarse a veces pacífico, a veces bélico. Un entrecruzarse de destrucción y de construcción»⁴. Y el hombre, sin lugar a dudas, ocupa el lugar central y más importante de esta trama, porque de no haber existido la humanidad, tampoco hubiese existido la historia. Por eso afirma que, en rigor, no es posible hablar de «historia de la humanidad», ya que la humanidad en cuanto tal no existe, sino que siempre es necesario hablar de «historias de hombres», porque son los hombres concretos (de carne y hueso, encerrados en un determinado tiempo y espacio) quienes la hacen.

Hablamos de historia de los pueblos, del hombre y de la humanidad. Pero, en realidad, desde el punto de vista del hombre, esta historia no existe. No existe por la misma razón que no existe unidad de la humanidad. Existen hombres individuales que se mueven en comunidades más o menos grandes y que se determinan por motivos propios de cada uno de ellos. No existe por ahora, ni en el espacio y menos en el tiempo, una humanidad que, como un sujeto singular, se mueva hacia un fin también propio, por ella fijado. De aquí la diversidad de pueblos y de civilizaciones⁵.

⁴ J. MEINVIELLE, *El comunismo...*

⁵ J. MEINVIELLE, *El comunismo...*

La historia, por lo tanto, está constituida por los hombres, sus acciones y sus hechos, y puede, por lo tanto, ser considerada como una «creación libre del hombre»⁶. Y este hombre, de múltiples dimensiones y formalidades, toca ambos extremos de la Creación: lo más alto y lo más bajo de la misma. Por eso su actuación compromete, en cierto sentido, a todo el universo: a lo más alto y a lo más bajo del mismo.

1.2. Los protagonistas de la historia

En la realización de la historia, el hombre no se encuentra solo. Por encima de él hay otro protagonista, que asume la iniciativa de todo lo bueno que se encuentra en esta trama, y por debajo de él hay otro protagonista, que asume todo lo malo: Dios y el demonio. Ellos, en cierto sentido, también hacen la historia con el hombre.

Si Dios tiene la iniciativa en el bien, la criatura la tiene en el mal. Y en el caso de la historia, es el hombre quien, bajo la sugestión del demonio, asume la responsabilidad de lo malo. El Génesis nos refiere cómo cumple esta tarea la primera pareja humana.

En la historia hay, entonces, protagonistas visibles e invisibles. Allí actúan los individuos, los pueblos, las civilizaciones y las religiones. Detrás de todos los hechos históricos está, en definitiva, el hombre con todas sus inacabables virtualidades. También actúan otras fuerzas de la naturaleza, incluidas las influencias de los astros. Pero actúan también los ángeles, los demonios y, por encima de todo, con inefable trascendencia, Dios⁷.

Para Meinvielle, por lo tanto, la historia tiene un carácter teológico. De aquí que todo el proceso histórico que va desde la Creación del mundo hasta nuestros días, sólo puede ser comprendido en la medida en que se hable de Dios, del hombre y del diablo: los tres agentes que se mueven en el escenario de la historia, y que han comenzado a moverse desde los días del Génesis y dejarán de hacerlo recién en la Parusía de Nuestro Señor.

⁶ J. MEINVIELLE, *El comunismo...*

⁷ J. MEINVIELLE, *El juicio en el misterio de la historia*, Cruz y Fierro editores, Buenos Aires 1982, 92.

1.3. El movimiento de la historia

Es indudable que la historia se mueve y que diariamente suceden millones de cosas (porque millones son los hombres), aparentemente desligadas unas de otras. Pero Meinvielle nos advierte que la fe y la sana teología nos enseñan que no es así: que la historia se mueve es innegable, pero que se mueva al acaso y sin sentido no puede ser aceptado. Afirmar algo semejante equivale a negar la Omnipotencia divina y la Providencia, dejando el mundo y la historia librados a las manos de los hombres. Dice en «Los tres pueblos bíblicos»:

La historia se mueve, y no se mueve al acaso como si no tuviese sentido. Por encima de todas las contingencias humanas, aprovechando todos los choques de los grupos humanos, choques religiosos, políticos, económicos, individuales, se va tejiendo la historia, y se va tejiendo no al acaso, sino como la quiere escribir la insondable voluntad de Dios, que sabe escribir derecho con las líneas torcidas de los hombres. Y este escribir derecho de Dios no puede consistir sino en que todas las cosas, aún las más torcidas, de los hombres, sean dirigidas, suave y fuertemente hacia los fines providenciales, que en parte nos han sido revelados por Dios en su infinita misericordia. La historia es entonces la mente de Dios escrita en el tiempo. Donde los hombres no leen, los ángeles pueden leer. La historia es una lucha eterna entre los derechos de Dios sobre las creaturas y la soberbia de la creatura sobre los derechos de Dios; entre el amor misericordioso y la miseria del hombre. Entre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre, con el triunfo final de la ciudad de Dios⁸.

Y en «Hacia la Cristiandad»:

El criterio para formular un determinado juicio sobre un movimiento, debe fundarse en el fin hacia el cual se orienta. Todo movimiento no es puro resultado de fuerzas que obran ciegamente sino de la atracción que determinados fines, vivientes en alguna inteligencia, ejercen sobre los móviles. El mundo vive en perpetuo movimiento

⁸ J. MEINVIELLE, *Los tres pueblos bíblicos en su lucha por la dominación del mundo*, Adsum, Buenos Aires 1937, 13-14.

porque son infinitos los móviles que en él se agitan: pero no es de imaginar que el mundo se mueva al azar, sin principio ni fin, entregado al puro choque de las fuerzas en juego⁹.

1.4. El desarrollo de la historia

Por eso, a modo de conclusión, después de haber analizado los distintos aspectos de la historia, Meinvielle afirma que ésta no tiene un desarrollo primeramente económico, como si la procuración de sus bienes materiales fuera el primer motor de la sociedad. Lo tiene económico, pero no primeramente. Tampoco tiene un desarrollo primeramente político, como si la lucha por la dominación de los hombres y de los pueblos fuera el primer motor de los hombres. Lo tiene político, pero tampoco primeramente. Tampoco tiene un desarrollo primeramente cultural y filosófico, como si la procuración del saber fuera motor, y motor primero, del movimiento de la historia. La historia, afirma claramente, «tiene un carácter teológico, y se mueve primeramente por motivos teológicos».

La historia tiene un carácter *teológico*, y se mueve primeramente por motivos teológicos. Por ello, en la historia se mueven tres agentes principales: Dios, el diablo y el hombre. O si se quiere, se mueve el hombre, pero siempre bajo la influencia de Dios que le orienta al bien de sus inescrutables designios, y bajo la influencia del diablo que trata de alterar los designios de Dios para perder al hombre¹⁰.

La economía del Plan divino sobre las cosas terrestres se presenta así como una magnífica y grandiosa jerarquía en que todas las cosas se refieren al hombre por Cristo para culminar todo en la sublime Trinidad, Fuente de vida, Bondad esencial, Causa única de todo y que, en la efusión de su amor, ha comunicado a todas las cosas el ser y la perfección.

Un orden inferior, de la multiplicidad, en que la multitud del macrocosmos se unifica con el microcosmos que es el hombre; un orden

⁹ J. MEINVIELLE, *Hacia la cristiandad*, Adsum, Buenos Aires 1940, 9.

¹⁰ J. MEINVIELLE, *La Iglesia y el mundo moderno*, Ediciones Theoria, Buenos Aires 1965, 215. Las cursivas son de Meinvielle.

mediador que se concentra en Jesucristo, Hombre-Dios; un orden final, el de la perfecta y riquísima simplicidad, que es Dios.

La llave de esta admirable economía es Jesucristo, el cual, siendo Dios, se hizo hombre y arrastró hacia Dios las cosas que de Él salieran¹¹.

A nuestro humilde modo de ver, las obras en las cuales de modo más claro y acabado se habla de esto es en «El judío» y en «Los tres pueblos bíblicos». En este último afirma:

Esto nos demuestra que si Dios, en los Sagrados Libros, nos habla de tres o cuatro determinados pueblos, y nos habla de ellos en todo tiempo, desde el Génesis al Apocalipsis, es evidente que estos pueblos deben tener una trascendencia histórica singular para explicar el curso que deben tomar los acontecimientos humanos. El filósofo cristiano que se ha empeñado en la tarea de buscar un sentido a estos acontecimientos no puede en forma alguna descuidar la consideración de estos pueblos, so pena de quedarse en la corteza de los hechos y equivocarse sobre su significación histórica¹².

1.5. La diversidad de historias, o las dos historias en una única historia

Si nos detenemos a mirar la historia solamente desde el punto de vista humano, pensaríamos descubrir dos historias diferentes: la que escribe Dios y la que escriben el hombre. «Una historia diríamos santa, y una profana. La historia santa, constituida por las intervenciones divinas en las cosas humanas, en la tarea especial de cumplir el plan que ha trazado el divino designio»¹³. Vemos, entonces, una acción del mismo Dios, que inicia en el Génesis, continúa con la Encarnación del Verbo, culmina con la Redención obrada por Nuestro Señor y finalizará con la muerte del último elegido. Pero hay también otra historia, la profana, que escribe

¹¹ J. MEINVIELLE, *Hacia la cristiandad...* 10.

¹² J. MEINVIELLE, *Los tres pueblos...*, 8-9.

¹³ J. MEINVIELLE, *El judío...*, 92.

el hombre «marcando su huella en todos los rincones de la tierra»¹⁴. Esta es la historia de las diversas civilizaciones y hechos que se suceden a lo largo de los siglos. Historia que, aún siendo profana, el hombre tampoco la escribe solo:

Es que en realidad no hay sino una única historia, la que escribe Dios con el concurso de todas las criaturas. Esta historia es un drama grandioso, con su principio, con su nudo y trama y con su desenlace. La augusta Trinidad inicia el desarrollo escénico con la obra de la creación. La criatura inteligente, creada gratuitamente por Dios, desordena con su pecado el primitivo Plan divino sembrando desorden donde Dios puso orden. Dios aprovecha la culpa y el desorden del hombre para la realización de un plan más admirable de reparación, donde resplandezca su justicia y su divina misericordia. Cristo resucitado es la pieza maestra de este plan. Y con Cristo, sus elegidos. Cuando el Cuerpo de Cristo logre su plenitud, la historia habrá terminado.

Es que la historia, la que realizan los hombres, la profana, la que está constituida por la trama de las pasiones humanas en un afán loco por apoderarse de la tierra, no es más que un soporte secundario en el que Dios escribe su gran historia, su única historia. Porque Dios, que habita en la plenitud de la eternidad sin sentir ninguna especie de necesidad, por un acto libérrimo de su bondad ha querido comunicarse misteriosamente a las criaturas en grado más y más perfecto, y ha cumplido en el tiempo, en actos irreversibles y singulares (*hapax*), como un acrecentamiento de la inefable vida trinitaria. El Hijo de Dios, al hacerse hombre, introduce al hombre, y con él a toda la creación, en el seno mismo de Dios. Toda la historia, con sus ruidosos acontecimientos, se ordena a que Cristo, con los elegidos, entre en el seno de la misma Deidad¹⁵.

Y siempre en «El judío», bajo el título «De los movimientos que mueven la historia profana», llega a afirmar que el hecho de que Dios oriente todos los acontecimientos de la humanidad hacia Cristo y para la edificación de su Cuerpo Místico, no impide, sino que incluso exige, que todos

¹⁴ J. MEINVIELLE, *El judío...*, 92.

¹⁵ J. MEINVIELLE, *El judío...*, 93.

los acontecimientos se desenvuelvan también por causas propias puramente humanas. Y así, entonces, la historia profana tendrá su propia sustancia y sus propios ritmos, diferentes a los de Dios.

La ciudad de los hombres nada tiene que ver con la de Dios, al menos directamente. Su vida se desenvuelve en un movimiento y en una dialéctica propia. Hasta pudiera pensarse algo más, y es que la estructura y la dinámica de las civilizaciones y de la vida profana de los hombres caen bajo el dominio del «Príncipe de este mundo». No porque sean en sí malas, sino porque éste adquirió sobre ellas posesión al ceder el hombre a su sugestión. Ciertamente que Cristo trabó combate contra el diablo en las tres tentaciones y le venció definitivamente en la cruz, pero sobre otro terreno y con otras armas. Sobre el terreno de la historia santa y con armas específicamente santas.

De aquí que la historia profana se mueva bajo el alto dominio del príncipe de este mundo. San Juan parece indicar las grandes leyes de la dialéctica de las civilizaciones. Dialéctica de la voluntad de poder por la dominación de unos pueblos sobre otros pueblos –orgullo de la vida–; dialéctica del enriquecimiento sin límites con la miseria y sujeción correlativa de los más débiles –concupiscencia de los ojos–; dialéctica de los celos y rivalidades sexuales –concupiscencia de la carne– (1Jn 2,16). Por esto San Juan contrapone la Historia Santa a la historia profana: «Sabemos que somos de Dios, mientras que el mundo está todo bajo el maligno» (1Jn 5,19).

San Pablo muestra, asimismo, la contraposición de la dialéctica del mundo, en la que hay rivalidad de judío y de griego (luchas por la dominación política); de amo y de esclavo (luchas de dominación económica); de varón y de hembra (lucha por las satisfacciones carnales); a la ciudad de Dios, en que todos sois uno en Cristo Jesús (Ga 3,28).

Las grandes pasiones de los hombres que estudian, analizan y combaten los Libros Santos son el motor del movimiento histórico de las civilizaciones.

(...) Pero si es cierto que el orden profano de la historia no ayuda directamente a la historia verdadera que escribe Dios en la edificación del Cuerpo de su Unigénito, es cierto que de manera indirecta, pero efectiva, también le sirve. Porque es en el mundo donde se edifica

esta historia verdadera, aunque no se edifique ni con el mundo ni del mundo. La Historia Santa está insertada en la profana y mezclada en ella. La buena semilla es sembrada en el campo de la historia profana.

Ello determina que la historia profana cumpla una serie de servicios en favor de la Historia de las almas, cuya naturaleza y medida sólo Dios conoce. San Pablo fijó también esta ley: «Sabemos –enseña– que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman, de los que según sus designios son escogidos» (Rm 8,28). De aquí se sigue que «lo que acaece en los escogidos, que son las partes más nobles del universo, no se hace en beneficio de otros, sino de ellos mismos. No así lo que acaece en los hombres que han de ser reprobados ni en todos los seres inferiores de la Creación, pues éstos se ordenan para el bien de los escogidos. Y así como el médico provoca una herida en el pie para curar la cabeza, así Dios permite el pecado y el mal en unos seres para el bien de los escogidos. Para que se cumpla la palabra de la Escritura: el necio servirá al sabio, esto es, los pecadores a los justos» (Santo Tomás In Rm 8,28 n. 697).

Por aquí aparece cómo la historia profana está sostenida por la Historia Santa. Y si es cierto que la obra de Dios en los suyos no se cumple sino en el ancho y turbulento campo del mundo, sujeto a su vez a la dialéctica de la triple concupiscencia, y si esto crea una interdependencia entre las dos historias, no se sigue que la historia profana arrastre hacia sí a la Historia Santa, sino, por el contrario, que es ella la arrastrada y atraída por ésta. Pues los Santos juzgarán al mundo y lo vencerán¹⁶.

1.6. Dios ilumina la historia

De aquí que en el comentario a la «*Dignitatis Humanae*», documento conciliar sobre la libertad religiosa, sostenga que los hombres están obligados a buscar la verdad sobre Dios, y que se trata de una obligación fundamental. Repite en ese artículo que sólo la verdad sobre Dios nos podrá dar la verdad sobre el hombre y sobre la historia.

Porque es la obligación ante Dios la que funda el derecho ante los hombres. Y el derecho a seguir la verdad católica no tiene la misma

¹⁶ J. MENVIELLE, *El judío...*, 95-96.

fuerza ni el mismo valor jurídico que pueda invocar el hombre para seguir, aunque sea de buena fe, el error religioso. Este podrá ser un derecho derivado, secundario y condicionado. Aquél es un derecho primario y absoluto. El hombre sólo tiene derecho absoluto e incondicionado al Dios vivo y verdadero, que Jesucristo nos ha revelado. Porque sólo la verdad objetiva de este Dios calma como fin todas las aspiraciones y apetencias humanas. El fin del hombre es la Verdad de Dios¹⁷.

Transcribo, antes de finalizar este primer punto, algunos párrafos de «El comunismo en la revolución anticristiana». Si bien el texto es bastante extenso, creo que vale la pena leerlo entero¹⁸.

La historia tiene un sentido a los ojos de Dios: La historia no parece tener sentido mirada desde el punto de vista del hombre. Hablamos de la historia humana en su conjunto. Podrá tenerlo la historia de un hombre o de un pueblo, o de una civilización. Sin embargo, la historia debe tener un sentido desde el punto de vista de Dios, Creador y Ordenador del hombre. En efecto, la teología enseña que en Dios, en la mente divina, existe la razón del orden que hay en las cosas con respecto a sus fines. (...) La causalidad providente de Dios se extiende en absoluto a todos los seres, y no sólo en cuanto a sus elementos específicos, sino también en cuanto a sus principios individuales, lo mismo si son corruptibles que si son incorruptibles, por lo cual todo lo que de algún modo participa del ser, necesariamente ha de estar ordenado por Dios a un fin, como dice el Apóstol: «Lo que viene de Dios, está ordenado».

La Providencia divina respecto a la historia de los hombres podría ofrecer dificultad especial por moverse toda ella en el dominio de la libertad humana. Pero ya advierte Santo Tomás que «corresponde a la Providencia divina producir el ser en todos sus grados, y por ello señaló a unos efectos causas necesarias para que se produjeran necesariamente, a otros causas contingentes, con objeto de que se

¹⁷ J. MEINVILLE, *La declaración conciliar sobre la libertad religiosa y la doctrina tradicional*. Ed. digital.

¹⁸ J. MEINVILLE, *El comunismo...*

produzcan de modo contingente, según sea la condición de las causas próximas».

Que Dios tiene providencia quiere significar en definitiva que todo cuanto acaece en el Universo, y por lo mismo también la historia, se cumple dentro del Plan divino que todo lo tiene calculado y pesado. «Es necesario –dice Santo Tomás–, que todos los seres estén sujetos al orden de Dios como las obras artísticas lo están al orden del arte». «Y el propio mal –como enseña San Agustín (Ench. CII)– Dios lo permite porque es tan Omnipotente y Bueno que puede sacar de él bien».

Pero hay una enseñanza teológica que hace más directamente a este problema de la historia en el Plan divino, y es la que se refiere a la conducción especial que Dios tiene con respecto a aquellos hombres que infaliblemente se han de salvar. El dogma de la predestinación se vincula directamente y de una manera muy peculiar con este tema de la historia.

(...) Dios elige gratuitamente y desde la eternidad a los que quiere salvar. Más aún: Dios ordena de un modo eficaz las cosas de la historia para que aquellos predestinados que han sido escogidos para la gloria obtengan este fin infaliblemente. Así se desprende de la enseñanza del Apóstol Pablo: «A los que destinó, a esos llamó, y a los que llamó, a esos glorificó». Tan importante es esta doctrina para el problema de la historia, que el fin de ésta está marcado por el número de los elegidos. La historia de los hombres ha de terminar cuando sea completado el número de los escogidos. Dios tiene fijado de antemano el número de los predestinados y como la razón de ser de toda la historia es precisamente hacer posible la eterna salud de estos mismos predestinados, cuando se obtenga aquel número, la historia pierde su razón de ser y alcanza su fin.

Todo este problema del fin de la historia, determinado por el número de los predestinados, depende de una enseñanza clara y determinada del Apóstol que dice: «todo coopera en bien de los que aman a Dios, de aquellos que en sus designios son llamados».

1.7. La historia y la teología

Por todo lo anterior, debemos concluir diciendo que el historiador no puede y no debe limitarse a examinar los hechos aisladamente, como si no existiese relación alguna entre ellos. Si nos detuviésemos en un análisis puramente político, económico o sociológico de la historia, quedaríamos a mitad de camino en nuestra búsqueda y las conclusiones a las cuales llegaríamos serían necesariamente erradas o, al menos, incompletas. Podemos, sí, detenernos a analizar un aspecto determinado de la política o de la economía, pero siempre y cuando no perdamos de vista la Causa Primera y Última de todas las cosas, Aquél por quién y para quién fueron hechas todas las cosas. En otras palabras: podemos hacer economía, política o sociología, pero siempre y cuando aceptemos la existencia de Dios, Su providencia y Su omnipotencia.

Si se examinan los hechos históricos, aisladamente, sin unirlos con una proyección única de luz, estos hechos no tienen sentido. Y aún hechos distintos que pueden lograr cierto sentido, por ejemplo económico o político, si se los examina con una luz puramente económica y política, dejarán de tenerlo total, si no se los vincula con una luz superior, que en último caso no puede ser sino la insondable Voluntad divina, manifestada al hombre en la Revelación. Se dirá que ésta apenas puede arrojar luz sobre la historia porque no es éste su fin primero y principal. La historia queda entonces indescifrable al hombre. Sólo algo puede vislumbrar, como muy de lejos y en penumbra, aprovechando los destellos de luz teológica con que Dios ha querido iluminarle en su camino a la eternidad¹⁹.

De aquí la necesidad evidente de que el historiador serio y honesto «eche mano» a la ayuda que le proporciona la sana teología. El historiador cristiano no puede dejar de consultar la Palabra de Dios, escuchar y buscar escrutarse y comprender qué es lo Él, Dueño y Señor de la historia, dice y quiere.

Pero es evidente que estos menguados atisbos en la mente de Dios, que nos proporciona la teología, proyectan una luz de calidad, y por ende de mayor fuerza explicativa, que la que pueden proporcionar las estadísticas o comparaciones de cualquier otra ciencia humana.

¹⁹ J. MEINVILLE, *Los tres pueblos...*, 11-12.

De aquí que el filósofo cristiano que quiera penetrar en el sentido de los hechos históricos, no pueda prescindir de la luz teológica, que le proporciona la Revelación oral y escrita y las directivas de la Iglesia en el gobierno regular de la Cristiandad. No debe trabajar con esta luz, exclusivamente, pero debe trabajar con ella. Su trabajo será específicamente filosófico. Pero se habrá ayudado de los datos que le proporciona la teología, que es la ciencia de Dios²⁰.

2. EJE DE LA HISTORIA EN JESUCRISTO

2.1. Cristo: principio y fin

En el pensamiento del Padre Meinvielle, como hemos visto, hay un hecho histórico (que en cierto sentido está más allá de la historia misma, porque la supera infinitamente), que el historiador debe tener presente al momento de analizar los acontecimientos y movimientos que en ella se agitan: la Encarnación del Verbo. El mundo está ordenado a Cristo, y hacia Él convergen todas las cosas. La historia, entonces, está centrada y gira alrededor de Nuestro Señor Jesucristo: «La llave de esta admirable economía es Jesucristo, el cual, siendo Dios, se hizo hombre y arrastró hacia Dios las cosas que de Él salieran»²¹.

Por eso Nuestro Señor goza de la principalía sobre toda la historia. San Pablo resume esto con una frase que Meinvielle repite continuamente, en la Primera carta a los Corintios (3,22): «Todo es vuestro, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios».

Santo Tomás comenta el texto y dirá que el Apóstol se refiere a un triple ordenamiento. El «Todo es vuestro» habla de un primer ordenamiento de las cosas al hombre. Quiere decir que, así como el hombre no se gloría de las cosas que le están sometidas, del mismo modo no debe gloriarse por aquellas que parezcan más elevadas, recordando que todas han sido puestas debajo de sus pies. El «Vosotros sois de Cristo» habla de un segundo ordenamiento, del hombre a Cristo. En otras palabras, a Él pertenecemos porque nos ha comprado, y la historia tiene su razón de ser en Cristo y en que

²⁰ J. MEINVIELLE, *Los tres pueblos...*, 11-12.

²¹ J. MEINVIELLE, *Hacia...* 10.

los hombres se adhieran a Él. Y el «Cristo es de Dios» es el tercer y último ordenamiento, aquél de Cristo en cuanto hombre a Dios²².

De este modo hay tres ordenamientos de la historia. El primero es el de las cosas de Cristo a los fieles: «Todo es vuestro». El segundo, el de los fieles de Cristo a Cristo: «Vosotros sois de Cristo». El tercero, el de Cristo, en cuanto hombre, a Dios: «Y Cristo es de Dios». En estos tres ordenamientos está encerrado todo el drama de la historia, de la única historia, en la cual el conjunto de las criaturas se mueve para ejecutar y cumplir el Plan divino. Por ello es tan profunda la enseñanza de Santo Tomás, quien ha visto que la historia, constituida por el movimiento de los hombres y de las criaturas, no tiene (como no lo tiene ningún movimiento) un fin en sí misma, sino fuera de sí. Por el movimiento –dice *De Pot 3, 10 ad 4 y 4*– con el cual Dios mueve las criaturas, se busca y se intenta otra cosa que está fuera del movimiento mismo, a saber completar el número de los elegidos, el cual, una vez obtenido, cesará el movimiento, aunque no la sustancia del movimiento²³.

El curso de los acontecimientos históricos no es en definitiva para el hombre o la persona humana sino para el hombre predestinado que pertenece a Jesucristo. De aquí la profundidad de los auténticos teólogos de la historia, como un San Agustín y un Bossuet que han escrutado las hazañas de los pueblos como senderos que conducen a la Iglesia de los fieles y, a través de éstos, a la Cabeza, Cristo. Porque en definitiva, Cristo, en cuanto hombre, es el Dueño y Señor de la Historia de los pueblos y por ello ha de someterla al juicio definitivo, al fin de los tiempos²⁴.

Dios dirige la historia en función del «número de los elegidos», de aquellos que se van a salvar. Y estos elegidos se ordenan en función de

²² SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super I Epistolam B. Pauli ad Corinthios*, c. 3, l. 3: «...primus ordo est rerum Christi ad fideles; secundus vero fidelium Christi ad Christum (...). Tertius ordo est Christi, secundum quod homo ad Deum». Sigo la edición a cura di Battista Mondin, Edizioni Studio Domenicano, Bologna 2005.

²³ J. MEINVIELLE, *El judío...*, 94.

²⁴ J. MEINVIELLE, *El comunismo...*

Cristo, que es Cabeza de todos los predestinados. Y la historia, por lo tanto, se desarrolla en función del Primer Predestinado, que es Jesucristo.

A este respecto, hace no muchos años la Declaración «*Dominus Iesus*» de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, ha nuevamente recordado que Jesucristo no debe ser considerado «como si fuese una figura histórica particular y finita», sino que es necesario reconocer que es el Verbo del Padre, que existe desde siempre, en quien reside la plenitud de la divinidad y Aquél por quién y para quién fueron hechas todas las cosas, el Principio y el Fin, el Alfa y la Omega:

En la reflexión teológica contemporánea a menudo emerge un acercamiento a Jesús de Nazaret como si fuese una figura histórica particular y finita, que revela lo divino de manera no exclusiva sino complementaria a otras presencias reveladoras y salvíficas. El Infinito, el Absoluto, el Misterio último de Dios se manifestaría así a la humanidad en modos diversos y en diversas figuras históricas: Jesús de Nazaret sería una de esas. Más concretamente, para algunos Él sería uno de los tantos rostros que el Logos habría asumido en el curso del tiempo para comunicarse salvíficamente con la humanidad.

Estas tesis contrastan profundamente con la fe cristiana. Debe ser, en efecto, *firmemente creída* la doctrina de fe que proclama que Jesús de Nazaret, hijo de María, y solamente él, es el Hijo y Verbo del Padre. El Verbo, que «estaba en el principio con Dios» (Jn 1,2), es el mismo que «se hizo carne» (Jn 1,14). En Jesús «el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16) «reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente» (Col 2,9). Él es «el Hijo único, que está en el seno del Padre» (Jn 1,18), el «Hijo de su amor, en quien tenemos la Redención (...)». Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la plenitud, y reconciliar con él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la Sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col 1,13-14.19-20)²⁵.

Dios, entonces, ha intervenido y sigue interviniendo en la historia, como uno de esos tres agentes que se mueven y la trajinan hacia un lado y hacia otro. Y su intervención más importante ha sido aquella en la cual in-

²⁵ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, 9 y 10.

trdujo «una Levadura superexcelsa, que está por encima de todo nombre, y ella sola vale más que toda la historia. Porque la Encarnación del Verbo no está dentro de la historia. La historia está atraída y como arrastrada hacia el Verbo, hecho carne»²⁶.

Por eso, el historiador verdadero no puede hacer un análisis de la historia prescindiendo de la Encarnación del Verbo, de su nacimiento, de su vida, muerte en cruz y Resurrección. Como no puede hacerlo tampoco prescindiendo de la Iglesia, Su Cuerpo místico, y de todo aquello que ésta ha dicho y enseñado. Y esto es lo que ha hecho Meinvielle a lo largo de todas sus obras: cada vez que ha hecho historia, ha recordado que Nuestro Señor es el centro y el fin de la misma, y alrededor suyo giran y se mueven todas las cosas y los acontecimientos. Y a partir de este hecho, ha buscado explicar e iluminar los distintos acontecimientos.

Veámos, al principio del presente capítulo, que la Historia está centrada alrededor de Cristo. Cristo es la piedra angular, piedra de tropiezo. Ya lo dijo Isaías: «El será piedra de escándalo y piedra de tropiezo para las dos casas de Israel, lazo y red para los habitantes de Jerusalén. Y muchos de ellos tropezarán, caerán y serán quebrantados, y se enredarán en el lazo y quedarán cogidos» (10,11). Y cuando el sacerdote Simeón tomó en sus manos al niño Dios, dijo a María, su madre: «Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para blanco de contradicción» (Lc 2,34). Y San Pablo ha de reconocer el cumplimiento del vaticinio de Isaías: «Tropezaron con la piedra de escándalo, según está escrito» (Rom 9,32). Y lo mismo Pedro, el primer Papa: «Para vosotros, pues, los creyentes, es honor, para los incrédulos esa piedra desechada por los constructores y convertida en cabeza de esquina, es *piedra de tropiezo y roca de escándalo*. Rehusando creer, vienen a tropezar en la palabra, pues también a eso fueron destinados» (Pe 2,7)²⁷.

Y en «Los tres pueblos bíblicos»:

El mundo está ordenado a Cristo. A Cristo estaba ordenada la ley de la naturaleza que regía a los justos, en la primera edad del mundo

²⁶ J. MEINVIELLE, *Hacia...* 26.

²⁷ J. MEINVIELLE, *La Iglesia...* 231.

y a Cristo estaba también ordenada la ley escrita del pueblo judío que le mostraba claramente en figura. Y la ley de Cristo se realizó perfectamente en la ley nueva que el mismo Cristo, Redentor de la humanidad, promulgó.

(...) En Cristo culminan todas las cosas. Lo que San Pablo enseña en su Carta a los Colosenses (1,16ss)²⁸, tiene un valor universal, que nunca será suficientemente ponderado (...)

Hacia Cristo convergen todas las cosas. Y aun los mismos pueblos paganos, que fueron infieles a la ley de la naturaleza, como el pueblo judío, que lo fue a la escrita, le han preparado los caminos. Todo está escrito en la historia para que Su Reino, anunciado por los Profetas, se levante, en los últimos tiempos sobre la cima de los montes, y sobre los collados, para que corran allá los pueblos y vayan a prisa las naciones (Mi 4,2ss). Sin duda que no es fácil hacer de ello la verificación histórica plenamente documentada, cuando la historiografía ha sido maliciosamente pervertida por un criticismo diabólico; pero la historia no se opone a ello y muestra claramente que éste ha sido el camino de la Divina Providencia. Los griegos han preparado el aparato conceptual a la sabiduría de la Iglesia, tan maravillosamente terminada en la Suma Teológica del Doctor Angélico, y los romanos su lengua maravillosa, lo mismo que todo el colosal sentido del derecho y de la organización, y los bárbaros le han aportado la masa viva, virgen, para la evangelización y aun para un ordenamiento civil cristiano, fuera de otras inapreciables contribuciones como el ardor bélico de los germanos que ha sido utilizado en la constitución del Sacro Imperio Romano Germánico²⁹.

²⁸ Col 1,16-20: «Por Él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, ora sean tronos, ora dominaciones, ora principados, ora potestades, todas las cosas fueron creadas por El y en atención a Él. Y así Él tiene ser antes de todas las cosas, y todas subsisten por El. El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, y el principio de la resurrección, el primero a renacer de entre los muertos para que en todo tenga El la primacía; pues plugo al Padre poner en El la plenitud de todo ser, y reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra por medio de la sangre que derramó en la Cruz».

²⁹ J. MENVIELLE, *Los tres pueblos...*, 23-25.

Jesucristo tiene, entonces, para los hombres y para la historia un lugar privilegiado y propio de Él: es el Rey y el Centro, y de aquí que hace girar todo alrededor suyo. Los miles de millones de hombres que han existido desde el comienzo de la humanidad y los millones de acontecimientos que se han dado, sólo pueden ser entendidos a la luz de Aquél que es la Causa Primera y Última, el Alfa y la Omega, el Primero y el Último. Y nuevamente viene la «*Dominus Iesus*» a recordárnoslo:

En este sentido se puede y se debe decir que Jesucristo tiene, para el género humano y su historia, un significado y un valor singular y único, sólo de Él propio, exclusivo, universal y absoluto. Jesús es, en efecto, el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos. Recogiendo esta conciencia de fe, el Concilio Vaticano II enseña: «El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, Hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, «punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización», centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones. Él es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo Juez de vivos y de muertos». «Es precisamente esta singularidad única de Cristo la que le confiere un significado absoluto y universal, por lo cual, mientras está en la historia, es el Centro y el Fin de la misma: *Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin* (Ap 22,13)»³⁰.

Y si ordenada a Cristo, también a su Cuerpo Místico, la Iglesia católica. Dice Meinvielle en «El judío»:

La historia, en todos sus movimientos religiosos y profanos, se mueve al servicio del Cuerpo Místico de Cristo. A través de la historia se está completando el Cuerpo del Señor. Y el trabajo de incorporación de nuevos miembros al Cuerpo de Cristo se cumple por la fe. Sin la fe es imposible agradar al Señor (Hb 11,6). Pero ¿cómo invocarán a Aquél en quien no han creído? ¿Y cómo pueden creer sin haber oído de Él? ¿Y cómo pueden oír si nadie les predica? ¿Y

³⁰ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, 15.

cómo predicarán si no son enviados? (Rm 10,14-15). De aquí que estén estrechamente unidos la historia, el Cuerpo Místico de Cristo, la fe, la predicación del Evangelio y la misión de los evangelizadores. La historia no tiene otra razón de ser que explayar el tiempo que se necesita para que los pueblos abracen la fe cristiana. Y este tiempo, a su vez, está condicionado por la fuerza y el ímpetu con que se haga oír la predicación por los pueblos de la tierra. Y a su vez este ímpetu de la predicación depende de la fuerza con que arraigue la fe en los pueblos para que se susciten misioneros que difundan el mensaje evangélico. La Iglesia está en estado de misión desde el día en que Cristo la ha privado de su presencia visible. Y los pueblos cristianos, que han recibido el mensaje evangélico, tienen que constituirse en portadores de este divino mensaje a otros pueblos. La predicación del Evangelio justifica así la pervivencia de la historia. Cuando el Evangelio haya llegado a todos los pueblos, la historia debe cesar. «*Será predicado este Evangelio del reino en todo el mundo para todas las naciones, y entonces vendrá el fin*» (Mt 24,14)³¹.

2.2. Razón de la centralidad: la unión hipostática

Es necesario ahora preguntarse cuál es la razón de este lugar de privilegio y centralidad de Jesucristo. Y a esta pregunta respondemos diciendo que la razón última la encontramos en la unión hipostática: Cristo es el Centro del universo y de la historia porque es verdadero Dios y verdadero hombre. Santo Tomás de Aquino, en su «De Regno ad Regem Cypri», afirma que «la preeminencia de la monarquía de Cristo (...) se debe el prestigio de su persona que domina en cuanto Dios y en cuanto hombre»³², y es gracias a la unión hipostática que su naturaleza humana participa de «una virtud infinita»³³. En Isaías (9,5-6), cuando se habla del niño que nos ha

³¹ J. MEINVIELLE, *El judío...*, 97-98.

³² SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De Regno*, l. III c. 13: «...apparet excellentia monarchiae Christi super alias quatuor praecedentes, ex dominantis dignitate, quia Deus et homo». Sigo la edición a cura di Lorenzo Perotto, Edizioni Studio Domenicano, Bologna 1997.

³³ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De Regno...*: «Secundum quam considerationem humana natura in Christo participat infinitam virtutem, ex qua maioris fortitudinis est et virtutis, supra humanam fortitudinem et virtutem».

nacido, se dice que tendrá su espalda el signo de la soberanía, será un Dios potente, un Príncipe de paz y su dominio será eterno³⁴. Tal principado o dominio supera, trasciende y destruye cualquier otra monarquía o dominio, porque todos deben someterse a Él³⁵. Es esta una realidad ya anunciada por Isaías y recordada por San Pablo, que al hablar de la unión hipostática y la Encarnación del Verbo, dice que delante del nombre de Jesús es necesario que «toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y en los infiernos» (Fil 2,10). Y comentando el texto de Isaías, dice Santo Tomás:

«Nos ha nacido un niño». En seguida, frente a tal bajeza, agrega la fuerza y la superioridad de su dominio con la frase inmediatamente sucesiva: «nos ha sido dado un Hijo»: siendo en Cristo la humanidad unida a la divinidad (...) su fuerza era ilimitada.

(...) En cuarto lugar, refiriéndose al prestigio de su dominio, dice: «Dios»: la razón es porque como en Cristo hay un solo *suppositum* y una única persona, en la cual la naturaleza humana se una a la divina, también su principado obra gracias al poder del *suppositum* divino³⁶.

El Papa Pío XI, en su Carta Encíclica «Quas Primas» acerca de la realeza de Cristo, fiel a la doctrina de Santo Tomás, afirma que es doble la causa última de esta particular dignidad y poder de Jesucristo es la unión hipostática:

³⁴ Is 9,5-6: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. La soberanía reposa sobre sus hombros y se le da por nombre: “Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre para siempre, Príncipe de la paz”. Su soberanía será grande, y habrá una paz sin fin para el trono de David y para su reino».

³⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De Regno*, l. III c. 13: «Hic ergo principatus, sive dominium, omnes monarchias, sive dominia transcendit, annihilat et confringit, quia omnia regna subiiciuntur eidem».

³⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *DE REGNO...* c. 15: «... *parvulus, inquit, natus est nobis*: postea subiungitur cum ista parvitate virtus et excellentia sui domini propter coniunctum: *et filius, inquit, datus est nobis*. Quia enim humanitas in Christo coniuncta erat divinitati filii tanquam instrumentum eius, omnipotentis erat virtutis. (...) Quarto, quantum ad domini dignitatem, quia *Deus*. Cum enim in ipso sit unum suppositum et una persona, in qua sunt unitae divina et humana natura; et principatus Christi in virtute agit divini suppositi».

Para mostrar ahora en qué consiste el fundamento de esta dignidad y de este poder de Jesucristo, he aquí lo que escribe muy bien San Cirilo de Alejandría: «Posee Cristo soberanía sobre todas las criaturas, no arrancada por fuerza ni quitada a nadie, sino en virtud de su misma esencia y naturaleza». Es decir, que la soberanía o principado de Cristo se funda en la maravillosa unión llamada hipostática. De donde se sigue que Cristo no sólo debe ser adorado en cuanto Dios por los ángeles y por los hombres, sino que, además, los unos y los otros están sujetos a su imperio y le deben obedecer también en cuanto hombre; de manera que por el solo hecho de la unión hipostática, Cristo tiene potestad sobre todas las criaturas³⁷.

Y a continuación añade el Papa que, como si fuese poco el principado que le corresponde por naturaleza, también debe imperar sobre nosotros por su derecho de conquista, porque ha muerto por nosotros y nos ha redimido:

Pero, además, ¿qué cosa habrá para nosotros más dulce y suave que el pensamiento de que Cristo impera sobre nosotros, no sólo por derecho de naturaleza, sino también por derecho de conquista, adquirido a costa de la Redención? Ojalá que todos los hombres, harto olvidadizos, recordasen cuánto le hemos costado a nuestro Salvador. «Fuis- teis rescatados no con oro o plata, que son cosas perecederas, sino con la Sangre preciosa de Cristo, como de un Cordero Inmaculado y sin tacha» (1Pe 1,18-19). No somos, pues, ya nuestros, puesto que Cristo nos ha comprado por «precio grande» (1Co 6,20); hasta nuestros mismos cuerpos «son miembros de Jesucristo» (1Co 6,15)³⁸.

Cita Meinvielle al Cardenal De Berulle, quien sostiene que Dios, uniendo la naturaleza humana a su Verbo, unió y juntó, por este medio la última de sus obras con el principio de las mismas. Y, por otra parte, siendo la naturaleza humana el compendio del universo, y el sujeto en quien, según sus diversos grados y propiedades, se recapitulan todas las criaturas, «es

³⁷ Pío XI, *Quas Primas*, 11

³⁸ Pío XI, *Quas...* 12

evidente que al unirse el hombre a Dios, vuelve a Dios el universo mismo que de Dios saliera»³⁹.

En Jesucristo, entonces, están, no sólo como en un principio sino como también como en su reposo y consumación, todas las nuevas criaturas de un mundo nuevo. Él es la recapitulación del universo. Este admirable Plan de Dios que atrae hacia sí todas las cosas, atrae también las voluntades de los hombres y, por lo tanto, la historia, que es el grandioso escenario donde se mueven estas voluntades.

La historia, por lo tanto, debe estar colocada bajo el signo de Cristo.

Dios escribe en ella este nombre augusto, que «es sobre todo nombre: para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra, y en los infiernos» (Fil 2, 9ss).

La historia entonces ha de ser cristiana porque ha de proclamar a Jesucristo, Rey de las naciones.

Cuando se considera el desarrollo de los hechos humanos, la desviación y rebeldías de los pueblos de los caminos divinos, se siente uno inclinada a creer que son los hombres quienes, burlando los soberanos designios de Dios, tejen a su antojo la trama de la historia.

Pero esta creencia se funda en una mirada fragmentaria, superficial y desproporcionada de la realidad histórica. Es como quien mirase por el reverso un maravilloso gobelino.

No hay duda que si Dios escribe el nombre de Cristo sobre los infinitos acontecimientos humanos, este nombre lo leeremos cuando a Él le plazca convocarnos para su lectura. Será esto en el juicio solemne de los pueblos cuando venga el Hijo del hombre en la Majestad de las nubes. Y esa lectura ha de ser plena y definitiva para cada pueblo y para cada hombre.

Pero mientras tanto, aunque no podamos lograr una lectura tan perfecta, no se sigue que cada cual esté facultado para no leer nada o leer lo

³⁹ J. MEINVILLE, *Hacia...* 11.

que le venga en ganas. Una «filosofía de la historia» es necesaria al hombre y ésta no puede dejar de ser cristiana. Por limitado que sea nuestro conocimiento de la trayectoria de los acontecimientos históricos (limitación que se deja sentir en mayor o menor grado en todos los conocimientos humanos), no puede éste desenvolverse sino teniendo en cuenta la comunicación de los designios divinos formulados por Dios al hombre y de los cuales es depositaria la Santa Iglesia⁴⁰.

3. EL REINADO DE CRISTO

3.1. «Oportet illum regnare»

«Es necesario que Cristo reine» (1Cor 15,25). Porque si todo fue creado por Él y para Él, si es el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin, entonces es necesario que Él reine.

Bajo este título no pretendemos otra cosa sino recordar los párrafos más significativos de Meinvielle y de la carta encíclica «Quas Primas», en los que se habla del reinado de Nuestro Señor. La Fiesta de Cristo Rey fue instituida por el Papa Pío XI en 1925, y el documento que publicó con esa ocasión decía:

Ha sido costumbre muy general y antigua llamar Rey a Jesucristo, en sentido metafórico, a causa del supremo grado de excelencia que posee y que le encumbra entre todas las cosas creadas. Así, se dice que reina en las inteligencias de los hombres, no tanto por el sublime y altísimo grado de su ciencia cuanto porque El es la Verdad y porque los hombres necesitan beber de Él y recibir obedientemente la verdad. Se dice también que reina en las voluntades de los hombres, no sólo porque en El la voluntad humana está entera y perfectamente sometida a la Santa Voluntad divina, sino también porque con sus mociones e inspiraciones influye en nuestra libre voluntad y la enciende en nobilísimos propósitos. Finalmente, se dice con verdad que *Cristo reina en los corazones* de los hombres porque, con su *supereminente caridad* y con su mansedumbre y benignidad, se hace amar por las almas de manera que jamás nadie (entre todos los nacidos) ha sido ni será nunca tan amado como Cristo Jesús. Mas, entrando aho-

⁴⁰ J. MEINVIELLE, *Hacia...* 12-13.

ra de lleno en el asunto, es evidente que también en sentido propio y estricto le pertenece a Jesucristo como hombre el título y la potestad de Rey; pues sólo en cuanto hombre se dice de Él que recibió del Padre *la potestad, el honor y el reino*; porque como Verbo de Dios, cuya sustancia es idéntica a la del Padre, no puede menos de tener común con él lo que es propio de la divinidad y, por tanto, poseer también como el Padre el mismo imperio supremo y absolutísimo sobre todas las criaturas⁴¹.

Y en «Hacia la Cristiandad» encontramos una de las páginas más bellas y claras sobre el reinado de Nuestro Señor. Después de citar el Salmo 2, en el que se habla de la impiedad de los hombres frente a la soberanía y realeza de Dios, dice Meinvielle:

De los textos creemos que no sólo se deduce el derecho de Jesucristo a reinar espiritualmente sobre todas las naciones sino el ejercicio de este derecho. Debe llegar un momento en que todos los pueblos de la tierra reconozcan de grado la suprema Realeza de Jesucristo y se comporten como naciones cristianas. Suponer otra cosa sería imaginar que esa voluntad de Dios con respecto al reinado de Cristo sobre los pueblos se ha frustrado.

(...) Creemos que Jesucristo debe reinar sobre las naciones por el reconocimiento de la soberanía de la Iglesia. (...) Con esta manera concuerda mejor lo que enseña Pío XI en su carta encíclica: «Que este reino, por otra parte, sea principalmente espiritual y se refiera a las cosas espirituales nos lo demuestran los pasajes de la Sagrada Biblia antes citados y nos lo confirma el mismo Jesucristo con su modo de obrar. En varias ocasiones, en efecto, cuando los judíos y los mismos apóstoles creían erróneamente que el Mesías devolvería la libertad al pueblo y establecería el reino de Israel, Él procuró quitarles de la cabeza este vano intento y esperanza; y también, cuando estaba por ser proclamado Rey, por la multitud que llena de admiración le rodeaba, Él declinó tal título y tal honor, retirándose y escondiéndose en la soledad; finalmente, delante del Presidente romano anunció que su reino no era de este mundo. Este reino en los Evangelios se nos presenta de tal modo, que los hombres deben prepararse para entrar en

⁴¹ Pío XI, *Quas...* 6.

él por medio de la penitencia, y ni pueden entrar sino por la fe y por el bautismo, el cual sacramento, aunque sea un rito exterior, purifica y produce la regeneración interior. Este reino es opuesto únicamente al reino de Satanás y a la potestad de las tinieblas, y exige de sus súbditos, no solamente un ánimo despegado de las riquezas y de las cosas terrenas, la dulzura de las costumbres y el hambre de justicia, sino también que se nieguen a sí mismos y tomen su cruz» (n. 15)⁴².

En 1936, cuando Meinvielle escribe «¿Qué saldrá de la España que sangra?», se «anima» a profetizar el futuro fracaso del fascismo en Italia y del hitlerismo en Alemania, y encuentra la causa de ambas derrotas en la negación del reinado social de Nuestro Señor. En otras palabras, ambos totalitarismos buscaban el bien del hombre, pero lo buscaban fuera de Jesucristo, y esto no puede ser sino violento y llevar necesariamente al fracaso. Porque buscar un orden social fuera de Jesucristo y pretender que traiga bienestar a los hombres, es sencillamente una contradicción:

Una segunda razón (del fracaso de ambos totalitarismos), y esta de orden teológico, robustece seriamente esta explicación. El orden que procura el Fascismo y el Hitlerismo, que podrá ser todo lo grande que se quiera como realización económica y política, se busca como un fin en sí, como si fuese un dios. Se busca fuera de Cristo, y por encima de Cristo y en cierto modo contra Cristo. Ahora bien: un movimiento de esta condición, no puede traer el bienestar de pueblos que han sido llamados a la vocación de la fe cristiana. Es un orden mecánico que no es para ellos; que resulta violento: que por tanto no puede durar. Suponer que un orden social (independiente de Cristo) pueda traer el bienestar temporal de los pueblos sería suponer que la Redención de Cristo no es necesaria para curar las heridas que la naturaleza del hombre ha sufrido por el pecado. Luego esta violencia a la dialéctica de la historia que realiza el Fascismo y el Hitlerismo, aunque pueda ser un esfuerzo gigantesco de héroes, digno de ser ponderado, es insuficiente para deshacer el nudo de la historia⁴³.

⁴² J. MEINVIELLE, *Hacia...* 33-35.

⁴³ J. MEINVIELLE, *Qué saldrá de la España que sangra*, Asociación de los Jóvenes de Acción Católica. Buenos Aires 1937. Ed. digital.

Jesucristo, entonces, es Rey y debe ejercer su reyecía. Y no sólo Él, sino también la Iglesia, que es Su Esposa y Su Cuerpo Místico. Se trata de una institución universal, fundada por Dios, que tiene como objetivo la dominación espiritual de todos los pueblos y la salvación de las almas, y cuya existencia y origen sobrenatural no puede ser desatendido. «Porque si Jesucristo es Dios y Cristo ha fundado la Santa Iglesia con este destino que debe realizarse en el tiempo, es evidente que la Santa Iglesia debe ser considerada por el historiador que no quiera equivocarse»⁴⁴. Así, hablando de la dominación universal a la cual tiene derecho la Iglesia, dice en «Hacia la Cristiandad»:

El historiador que pondera los hechos históricos para medir su alcance y fijarles su justa y proporcionada ubicación, no puede ignorar este *hecho* inefable, colocado a la cabeza de todos los pueblos, como un sol que los atrae a todos en su órbita de acción.

Y si esta verdad debe tenerla siempre presente porque la historia no cobra sentido sino en función de ella, debe recordarla más especialmente en un momento como el actual, cuando se rompe el proceso homogéneo varias veces secular, y se produce una convulsión vertiginosa y universal⁴⁵.

Y en la misma obra, bajo el título «La Iglesia y su dinamismo de dominación universal», analizando el momento actual, se pregunta por el significado de la ruptura del proceso de homogeneidad que caracterizaba al mundo desde los últimos cuatro siglos hasta la guerra de 1914, y escribe:

No podemos dar a esto una respuesta suficiente si no reflexionamos antes en la trascendencia histórica de una verdad ineludible. Hela aquí; existe en la tierra una institución universal, fundada por Dios, llamada Iglesia Católica, Apostólica, Romana que tiene como destino la dominación espiritual de todos los pueblos.

No es menester traer aquí los fundamentos teológicos de esta verdad, tan admirablemente expuestos por S.S. Pío XI en su Encíclica

⁴⁴ J. MEINVIELLE, *Hacia...* 29.

⁴⁵ J. MEINVIELLE, *Hacia...* 38. La cursiva es de Meinvielle.

sobre la Realeza de Cristo y mucho menos aducir los fundamentos apoloéticos.

Pero es menester, para católicos y no católicos, poner de relieve la fuerza histórica viva de esta verdad. Porque si Jesucristo es Dios y Cristo ha fundado la Santa Iglesia con este destino que debe realizarse en el tiempo, es evidente que la Santa Iglesia debe ser considerada por el historiador que no quiera equivocarse, con esta fuerza operativa gigantesca que logrará su objetivo, a pesar de todos los pesares y contra la más descomunal fuerza de la correntada histórica. Suponer otra cosa vale la ingenuidad de imaginar que el querer de Dios es como el nuestro pura veleidad.

Oportet Deus regnare. Es necesario que Jesucristo reine, es palabra viva de Dios que nos ha sido transmitida por el Apóstol San Pablo. Y los textos bíblicos, que son también palabra indefectible de Dios, nos muestran a Jesucristo ejerciendo en el tiempo y sobre las naciones su realeza, como quien «tiene sobre todas las cosas creadas sumo y absolutísimo poder» (Pío XI en «Quas Primas») ⁴⁶.

El Padre Meinvielle, entonces, es un eco fiel de lo que el Papa Pío XI enseñaba:

Y si ahora mandamos que Cristo Rey sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello proveeremos también a las necesidades de los tiempos presentes, y pondremos un remedio eficacísimo a la peste que hoy inficiona a la humana sociedad. Juzgamos peste de nuestros tiempos al llamado *laicismo* con sus errores y abominables intentos; y vosotros sabéis, venerables hermanos, que tal impiedad no maduró en un solo día, sino que se incubaba desde mucho antes en las entrañas de la sociedad. Se comenzó por negar el imperio de Cristo sobre todas las gentes; se negó a la Iglesia el derecho, fundado en el derecho del mismo Cristo, de enseñar al género humano, esto es, de dar leyes y de dirigir los pueblos para conducirlos a la eterna felicidad. Después, poco a poco, la religión cristiana fue igualada con las demás religiones falsas y rebajada indecorosamente al nivel de éstas. Se la sometió luego al poder civil y a la arbitraria permisión de los gobernantes y magistrados. Y se avanzó más: hubo algunos de és-

⁴⁶ J. MEINVIELLE, *Hacia...* 29-30.

tos que imaginaron sustituir la religión de Cristo con cierta religión natural, con ciertos sentimientos puramente humanos. No faltaron Estados que creyeron poder pasarse sin Dios, y pusieron su religión en la impiedad y en el desprecio de Dios⁴⁷.

Con ocasión de la Festividad de Cristo Rey, el Padre Julio dictó una conferencia en la ciudad de Rosario, que luego fue publicada en la revista «Verbo» número 235 de agosto de 1932, con el título «La realeza de Cristo y el momento actual». Allí Meinvielle comenzó recordando los primeros párrafos de la «Quas Primas», en los cuales el Papa hablaba de las «calamidades que oprimían y angustiaban al género humano»⁴⁸, y encontraba la solución en el acercamiento a Cristo, «porque la mayor parte de los hombres se habían alejado de Cristo y de su santa ley en la práctica de su vida, en la familia y en las cosas públicas»⁴⁹. Por eso, la única solución consiste en el sometimiento al yugo suave y ligero de Cristo: «Sometimiento en la inteligencia, sometimiento en la voluntad y sometimiento en los corazones por la caridad»⁵⁰.

En la inteligencia debe reinar no sólo con la elevación del pensamiento y la ciencia, sino porque tratándose de la Verdad Encarnada, es necesario que los hombres reciban de Él toda la verdad. En la voluntad, porque ésta será perfecta en la medida en que se adecúe y se someta a la voluntad de Dios, buscando y queriendo sólo lo más noble. Y en los corazones, porque la caridad es la mayor de las virtudes, y en la medida en que los hombres vivan esa virtud, en esa misma medida podrán hacer que Cristo reine.

Como hemos visto anteriormente, Cristo es Rey por dos razones: en primer lugar, es Rey por su humanidad asumida por el Verbo, que la hace gozar de una perfección que sobrepasa todo y a todos. Y en segundo lugar,

⁴⁷ Pío XI, *Quas...* 23.

⁴⁸ Pío XI, *Quas...* 1.

⁴⁹ Pío XI, *Quas...* 1.

⁵⁰ J. MEINVIELLE, «La realeza de Cristo y el momento actual» (Conferencia dictada en Rosario con ocasión de la Festividad de Cristo Rey, publicada en la Revista Verbo N° 235 de Agosto de 1932. Allí no se menciona la fecha de la conferencia. Cito la Ed. digital).

es Rey por derecho de conquista, porque con su pasión y muerte nos ha comprado⁵¹.

Y esta realeza no sólo se extiende a los individuos, sino que debe también extenderse a toda la sociedad:

El reinado de Cristo no se extiende solamente sobre los individuos, sino también sobre la sociedad. Esto también lo hace notar Pío XI en la *Quas Primas*: «No hay diferencia entre los individuos y el consorcio civil, porque los individuos unidos en sociedad, no por eso, están menos bajo la potestad de Cristo que lo están cada uno de ellos en la sociedad pública y privada. *Y no hay salvación en algún otro, ni ha sido dado del cielo a los hombres otro nombre en el cual podamos salvarnos*». Estas son las palabras de los Hechos de los Apóstoles, o sea, palabras de la Escritura. Cristo es el autor de la verdadera felicidad tanto para el mundo de los ciudadanos como para el Estado. No es feliz la ciudad por otra razón distinta de aquélla por la cual es feliz el hombre, porque la nación no es otra cosa que una multitud concorde de hombres. De modo, entonces, que el hombre tiene que reconocer el imperio de Cristo sobre los individuos, pero no solamente sobre los individuos, sino sobre la sociedad. Sobre las sociedades particulares, la familia, las distintas organizaciones intermedias, los Estados, las naciones y la vida internacional⁵².

3.2. El reinado de Cristo en la Cristiandad y las revoluciones

En esa oportunidad, el Padre Meinvielle también recordó a los oyentes que el reinado de Nuestro Señor no es una utopía, sino que es posible, pero depende de los hombres la aceptación a someterse al yugo de Cristo. De hecho, el reinado de Cristo se dio en una época concreta de la historia: la Cristiandad. En ella, la Iglesia produjo una sociedad en la que reinaban la concordia, la estabilidad y la paz en las familias y en la sociedad.

⁵¹ Cf. Ef 1,7.

⁵² J. MEINVIELLE, *La realeza de Cristo...*

Sin embargo, frente a esta sociedad gobernada por Jesucristo a través de la Iglesia y del Romano Pontífice, se alza la revolución. O, mejor dicho, las revoluciones. Revoluciones que romperán el orden de las formalidades y quebrarán la armonía que existía hasta entonces. Y así, frente al hombre cristiano de la época medieval que se sometía a Dios, a Cristo y a la Iglesia, estas revoluciones romperán cada uno de estos cimientos.

Llega entonces la primera revolución, la Protestante, que se alzaría contra la Iglesia. Dirá: «Dios sí, Cristo sí, la Iglesia no». Quedan ahora, entonces, dos «enemigos» más para combatir: Dios y Cristo.

Lutero, respaldado por los príncipes, y en cierto modo preanunciado por el Renacimiento, concentra sus golpes contra el Pontífice Romano, depositario auténtico del orden sobrenatural⁵³.

Llegará más tarde la segunda revolución, la Francesa, que combatirá a Nuestro Señor y dirá: «Dios sí, pero Cristo y la Iglesia no». Y en este momento, queda simplemente un último «enemigo» para derrotar: Dios.

Y de negar a Dios se ocupará la tercera y última revolución, la Comunista, profunda y militantemente atea, que dirá sencillamente: «Dios no».

Nos hallamos en la tercera revolución, que es la comunista, la revolución proletaria, en la que el obrero, el obrero descalificado y marginal, el proletario, quiere desplazar al burgués, al político y al sacerdote. Quiere suplantarlo al burgués y repudia a la economía burguesa de propiedad privada; quiere suplantarlo al político y repudia a los gobiernos de autoridad al servicio del bien común; quiere suplantarlo al sacerdocio y erige en sistema al ateísmo militante⁵⁴.

Por eso, la paz en el mundo, como en las familias y en las personas individuales, será siempre proporcional a la sumisión al yugo suave y ligero de Nuestro Señor. Quien lo repudia, necesariamente encontrará el caos y

⁵³ J. MEINVILLE, *El comunismo...*

⁵⁴ J. MEINVILLE, *El comunismo...*

la destrucción. Quien lo acepte, en cambio, encontrará la paz y tranquilidad de la que hablaba el Papa.

Por ello, la festividad de Cristo Rey proclama la necesidad de que el mundo se someta a Jesucristo no solo como verdad religiosa sino como verdad política; proclama la necesidad absoluta para el hombre «creatura y pecador» de encontrar su salud total y temporal en Jesucristo, el Unigénito del Padre que ha tomado nuestra humanidad en el seno de la Virgen Madre. Sin Jesucristo el individuo, las naciones y el mundo marchan aceleradamente a la catástrofe. Sólo en Jesucristo tenemos la salud eterna y temporal. Nada más⁵⁵.

4. BREVE CONCLUSIÓN: CRISTOCENTRISMO DE LA HISTORIA

A modo de conclusión de este breve artículo, podemos afirmar que Meinvielle analiza todo el proceso histórico no sólo como historiador, sino siempre y ante todo como sacerdote y teólogo. Sabe que la Sagrada Escritura y el Magisterio enseñan que Cristo es el Centro de la historia, es Aquél por quién y para quién todo fue hecho, el Principio y el Fin de la misma.

Y por eso, no detiene su estudio únicamente en los acontecimientos políticos, económicos o sociales que agitan al mundo, sino que siempre «ve más allá», como el centinela puesto en el atalaya que vigila por su pueblo, advirtiendo desde lo alto los peligros que amenazan a los hombres, e iluminando todo en relación a Nuestro Señor.

Con esta visión católica y cristocéntrica de la historia, escribe y predica sobre el Reinado de Cristo, y asegura que los hombres alcanzarán la paz y el bienestar únicamente cuando con un acto de libertad se sometan al yugo suave y ligero que propone Nuestro Señor.

No nos queda más, para terminar, sino agradecer a Dios por el don enorme que el Padre Meinvielle constituye para la Iglesia en Argentina y en el mundo entero, y pedir la gracia de mantenernos siempre fieles a sus

⁵⁵ J. MEINVIELLE, *La realeza de Cristo...*

DIÁLOGO 60

enseñanzas, que no son sino un fiel reflejo de lo que desde hace más de dos mil años nos enseñan los evangelios y el Magisterio de la Iglesia.